

Antonio Piedra

Una hermosura extraña

*La construcción poética
en Teresa de Jesús*

ESTUDIOS Y ENSAYOS

— BAC —

ESPIRITUALIDAD

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID • 2023

© Biblioteca de Autores Cristianos, 2023
Manuel Uribe, 4. 28033 Madrid
www.bac-editorial.es

Depósito legal: M-9909-2023
ISBN: 978-84-220-2280-0

Preimpresión: BAC
Impresión: Cofás Artes Gráficas, Móstoles (Madrid)

Impreso en España. Printed in Spain

Ilustración de cubierta: *Santa Teresa en oración*, grabado de Gilles Antoine Demarteau según
dibujo de M. Taillasson (1796), Museo Rijks (Ámsterdam)
Diseño: BAC

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ÍNDICE GENERAL

<i>Prólogo. Verdad en la palabra</i> , por Antonio Carvajal Milena.....	9
<i>Nota preliminar</i>	13
CAPÍTULO I. Agravios de tan poco tomo	19
1. Teresa y los poetas de su tiempo.....	20
2. Jugando a la pelota, o la poética teresiana del XVIII al XXI..	33
CAPÍTULO II. La literatura como aprendizaje	53
1. Las lecturas del alma.....	56
2. La pasión por los libros	71
CAPÍTULO III. El consuelo de escribir	87
1. Licencia para escribir	87
2. De letras, letrados y letreras.....	95
3. Suave cosa el soplo de las palabras.....	100
4. Del acto de escribir al <i>imprimatur</i>	112
CAPÍTULO IV. Los cordeles trabados de la poética teresiana	119
1. Unos por arte y otros por costumbre.....	120
2. Hablo a mi propósito.....	123
3. Filosofías no tan lejanas.....	128
4. El nombre de poeta.....	138
5. Los cordeles trabados	143
CAPÍTULO V. Un no sé qué tan de sustancia	155
1. La ignorancia como disculpa.....	156
2. Las determinaciones heroicas	159
3. Trastornar la retórica.....	166
4. Quién soy yo	174
5. Con simpleza representarnos.....	189
6. Mujer e imposibilitada.....	196
7. Mis penas, mis yerros, mis tesoros	202

CAPÍTULO VI. Allanar cosas que parecen imposibles	211
1. El discurso de mi vida	212
2. Gran cosa el aparejo	216
3. Camino real o la realidad como camino	223
4. Componer razones	228
5. La razón natural como bandera	232
6. Razones de entendimiento	235
7. Las razones de Dios	240
8. La aventura de la experiencia	244
9. Un arrimo para pensar en lo ordinario	248
10. Un arrimo para pensar en lo extraordinario	252
11. Ver el alma por vista de ojos	254
12. La experiencia del espíritu	257
13. Lenguaje de espíritu	261
14. Presencia y experiencia de Dios	263
15. Estilo para una causa	269
16. Por mil maneras y modos	270
 CAPÍTULO VII. Una hermosura extraña	 279
1. Yo sé poco de estas pasiones	282
2. Los atajos de la belleza	285
3. Algo que yo entienda	293
4. Como quien tiene un dechado delante	297
5. Los elementos del gozo	299
6. Vengan las poesías	303
7. ¡Qué maravillas nos declaran el romance solo!	304
8. El ritmo de la voz formada	309
9. La prosa teresiana	313
10. Los contentos que aprietan un poco	316
11. Escribo con libertad	320
12. No soy la que solía	326

PRÓLOGO

VERDAD EN LA PALABRA

Prologamos un libro cuya existencia se esperaba desde hace siglo y medio. Corría el 30 de marzo de 1879; poco había llovido desde la publicación de los *Escritos de santa Teresa*, «añadidos e ilustrados por don Vicente de la Fuente, catedrático de Disciplina Eclesiástica en la Universidad de Madrid», dentro de la Biblioteca de Autores Españoles. La Real Academia recibía en su anciano seno al conde de Casa Valencia, Emilio Alcalá Galiano, quien en tan solemne ocasión disertaba sobre las escritoras españolas de mayor mérito y celebridad, y dijo: «Aun prescindiendo de su santidad, es Teresa de Jesús de las eminentes escritoras que bastan para dar celebridad a un país y a una literatura. Todo en ella es elevado, generoso y noble, lo mismo el carácter que la inteligencia y el corazón». Le contestó su primo don Juan Valera con un encendido elogio de la santa. Transporte:

Me limitaré solo a decir que creo y columbro en las *Moradas* la más penetrante intuición de la ciencia fundamental y trascendente; y que la santa, por el camino del conocimiento propio, ha llegado a la cumbre de la metafísica, y tiene la visión intelectual y pura de lo absoluto. No es el estilo, no es la fantasía, no es la virtud de la palabra lo que nos persuade, sino la sincera e irresistible aparición de la verdad en la palabra.

Y concluye su celebración de la obra de Teresa de Jesús así:

Lo que la santa escribe como quien cuenta una peregrinación misteriosa, lo que refiere como refiere el viajero lo que ha visto, cuando vuelve de su viaje, no ganaría, a mi ver, reducido a un orden dialéctico; antes perdería: pero sería, sin duda, provechoso que persona hábil acertase a hacer este estudio para probar que hay una filosofía de santa Teresa.

No fue esa persona hábil —aunque parece instruida— el iracundo cervantista de Jerez de la Frontera Ramón León Maínez, autor de *Teresa de Jesús ante la crítica*, quien no deja títere con cabeza desde el maestro fray Luis de León a don Vicente de la Fuente y Condón, en parte con razón, dado que tanto la devoción como el descreimiento agresivo anublan los entendimientos, y en parte cegados por la bobería de la fe en la autoridad y el desprecio al texto original. No deja de ser sospechoso que el año 1882 la RAE premiara el ensayo de don Antonio Sánchez Moguel sobre *El lenguaje de santa Teresa de Jesús*, y que no lo publicara hasta 1915, lo que hace sospechar que a la Academia le molestaba el elogio de ortografía fonética que usó la santa.

Maínez aplica a Teresa de Jesús las rígidas reglas del academismo afrancesado, sin darse cuenta de que no es una literata, ni una *femme savante* ni una preciosa o seria o ridícula; y lo más grave es que toda su censura es un discurso vano, sin apoyo en textos de la autora. Mas, como avisa Cerbantes —que así firmaba y no hay autoridad bastante para corregirlo—, pues no hay libro por malo que sea del que no se pueda sacar una enseñanza, del de Maínez se deduce que quienes se han ocupado de los libros de santa Teresa no han sido capaces de separar sus prejuicios de sus juicios, respondan a la fe o a las costumbres, y así vamos balanceados entre vanidades, de la majadería devocional a los monstruos que engendra la razón en sus sueños.

Casi un siglo y medio después de que Valera manifestara la necesidad de que alguien probara que hay una filosofía en santa Teresa, Antonio Piedra, despojado de las ataduras y prejuicios del «tomo» —quien se adentre en este libro pronto tendrá clara la noción de lo que tal tomo sea—, provisto de las mejores herramientas intelectuales de la modernidad, leyendo con detenimiento y sacando ordenadamente palabras y frases de los textos, hilvana con la precisión, el tacto y el primor que el amor exige, la poética de la escritora, el pensamiento nutrido por las vivencias de quien escribió bajo mandato externo y halló en tal servidumbre su admirable libertad, con atinada elección de los vocablos para no escandalizar a sus próximos ni verse abrasada por la Inquisición.

De la Fuente se pregunta:

¿Pero es cierto que santa Teresa fue poeta? Las poesías que corren bajo su nombre ¿son suyas verdaderamente? Ella misma lo dice; y aun cuando no lo dijera, ¿qué tiene de extraño que poetizara quien tuvo imaginación para escribir el libro de las *Moradas*, y quien tenía la exuberancia del amor puro y celestial, que se revela en los *Conceptos del Amor divino* y en las *Exclamaciones del alma a Dios*, especie de poesía en prosa?

Medida la obra de Teresa de Jesús con rasero humano, tarea en la que Antonio Piedra demuestra ser un exquisito maestro, como lector de los tres —de ella, de su editor y de este redactor de su poética— llego a varias conclusiones que aduzco rápidamente. De la Fuente apunta bien y da en el blanco al hablar de los poemas en prosa. Ya los había en español desde que se tradujeron prosificados los que abundan en la Biblia, no otra cosa que breves salmos son las jaculatorias y deprecaciones que la autora incluye en el relato de su vida, tal vez para aflojar la tensión de verse obligada a contar con cautelas y respetos lo que tanto sentía y no sabía cómo atinadamente expresar. Para versificar bien no hay que estudiar métrica ni saber latín, como lo demuestran los pocos versos de su autoría cierta y muy bien han sabido quienes han incrementado el número de sus poesías atribuidas hasta el punto de convertirla en una especie de «Homera sacra». Y que es poeta esencial, sean suyos o sean de un alma iluminada por la suya, lo demuestra tanto y tanto poema al amparo de su nombre que ha resistido adiciones devotas y enmiendas de los sabios del tomo, como el propio señor de la Fuente que le aplica un par de veces la gramática de la Academia, retroactivando dos siglos sus preceptos, avisos y fililíes.

Plenamente suyo o no, el zéjel que incluyeron en el librito *Letrillas* —publicado en Valencia por la editorial Prometeo, en colección de clásicos dirigida por Vicente Blasco Ibáñez— no desmerece entre tantos nombres ilustres de nuestra mejor lírica, desde el Marqués de Santillana a don Juan Meléndez Valdés; no solo no desmerece, sino que brilla por la galanura de la forma, la hondura

del pensamiento y el sentimiento sublime certeramente medido.
La primera mudanza lo dice todo:

Aquesta divina unión
del amor con que yo vivo
hace a Dios ser mi cativo
y libre mi corazón,
mas causa en mí tal pasión
ver a Dios mi prisionero
que muero porque no muero.

Para mí dice tanto que me atreveré a insinuar que el «alma a quien todo un dios prisión ha sido» de Francisco de Quevedo se lo inspiró la santa en agradecimiento por quererla librar del tomo —y lomo— del patronato de España, siempre, claro está, que el soneto cuyo verso cito sea ciertamente de Quevedo, pues no se conoce manuscrito del autor ni su primer editor dio la procedencia. Teresa es más valiente, tiene la audacia de quien piensa lo que vive, más allá de la especulación literaria construida.

Se dice que es la voluntad de forma lo que convierte un texto en literatura. Se dice, pero salvo en esas coplas que ella declara brotadas de un impulso interior, casi siempre gozoso, su gran poesía, que está en su prosa, no responde a norma previa; la forma de las *Moradas*, el gran poema de Teresa de Jesús, se nutre de su propio decir, labra su cauce en su discurso como Antonio Piedra nos muestra con moroso examen —que le permite hasta percibir y mostrarnos el buen humor de la santa— y adecuada vehemencia y, como podrá comprobar quien leyere, sabiendo lo que se dice para que se cumpla el viejo deseo de Valera de que percibamos clara y distintamente que en los escritos de Teresa de Jesús, repito, «no es el estilo, no es la fantasía, no es la virtud de la palabra lo que nos persuade, sino la sincera e irresistible aparición de la verdad en la palabra». Loado sea por ello.

ANTONIO CARVAJAL MILENA
Universidad de Granada

NOTA PRELIMINAR

La intención de este ensayo —comentario de textos, reflexión, o del modo que prefiera denominarse—, no es otra que poner de manifiesto una cuestión capital en Teresa de Jesús como escritora: lo que ella entiende por «discurso de mi vida» y «discurso del entendimiento», a través de los cuales —y con una insistencia agotadora y pasional— planifica toda una construcción poética personalísima, fruto de la irrupción de «una hermosura extraña» que condiciona su vida, su pensamiento, sus múltiples trabajos dentro y fuera del claustro, y toda su obra escrita.

Los demás aspectos —los estrictamente teológicos, místicos, históricos, filosóficos, sociológicos y psicológicos, importantes para concretar una personalidad tan compleja como la teresiana, y que ya han sido estudiados por eminentes especialistas—, no forman parte primordial en este opúsculo, centrado en las implicaciones retóricas del discurso poético. No obstante, se acudirá a estos recursos siempre que la santa, de modo consciente, se vale de ellos y de sus argumentaciones para formalizar su propio pensamiento, su sensibilidad estética y, por qué no, también su propia filosofía, para confrontar sus experiencias y percepciones, o para marcar sus diferencias y desacuerdos, que los tiene, y no en pocos casos como aquí veremos.

Esta conciencia teresiana —contar en la escritura todo lo que en verdad percibe y siente como fenómeno espiritual y belleza habitada—, preliminarmente nos sitúa frente a una escritura intensa, de grandes contrastes, en donde hay que rellenar innumerables vacíos con determinaciones muy arriesgadas y complejas hasta conseguir una rotunda coherencia: que se derive «de todo grande relación», según refiere. En consecuencia, no solo nos encontraremos aquí con muchas moradas, escondrijos, sorpresas, descripciones y reve-

laciones de todo tipo, sino también con muchos vasos comunicantes, con pozos artesianos donde los hechos y los pensamientos, y las razones del hombre y las del espíritu, construyen sus realidades, sus paradojas y abstracciones, y sus personales fórmulas lingüísticas y estéticas. De aquí un firme propósito en la retórica teresiana, que es la base de nuestro estudio: para todo esto es preciso hilar un discurso propio y dar cuenta pormenorizada de las razones en las que se basa. Más aún, ha de explicar por la vía de la experiencia lo indecible de su relación con Dios, y de las bellezas fulminantes que a su paso encuentra, al modo teresiano. Es decir, como hacía con cualquier *negocio* clarificador.

Aventura compleja para una mujer sin atributos que, según ella, carecía de letras suficientes para coger la pluma entre las manos, y que no obstante ha de concretar en un papel porque así se lo ordenaban, y que por obediencia está obligada a hacerlo, a pesar de los escasos medios y del tiempo que no tenía. Hablamos de una mujer del xvi que, en la práctica, tiene casi todo en contra: al canon dominante que ella denomina personas del *tomo* —intelectuales de formación académica—, a las continuas intervenciones de letrados y confesores vigilantes de la ortodoxia, a la supervisión de las jerarquías mundanales y religiosas, y a las imposiciones y suspicacias en el orden social y económico. Frente a unos y a otros —y desde una inteligencia sutilísima y calculada—, ella pide bien poco: libertad de pensamiento y de espíritu para escribir como cualquier hombre, y sobre todo para saber y tener la certeza de que cuanto escribe —la historia de una razón de amor como la suya— no contradice ningún artículo de la fe católica y sirve para vivir en verdad tanto en la tierra como en la futura eternidad.

Obstáculos incontables que sortea a su modo, que planifica como quiere y puede, que resuelve con fortuna, y que ponen en entredicho a no pocos lugares comunes en torno a su formación, escritura y habilidades retóricas. No escribirá, por tanto, siguiendo las pautas habituales del *tomo*. Firmemente sujeta al conocimiento y a la experiencia de su razón de amor —sin esto no hay escritura—, jamás lo perderá de vista. Como se le acumulaban las peticiones de escribir, a veces expone sus razones en zigzag, o en un

ritmo trepidante de ocultaciones y desocultaciones —«en batería», lo llama— que el crítico, como en este caso concreto, ha de encontrar, ordenar, confrontar y concluir. Ella, con gran paciencia, se justifica y se desentiende con gran ironía: «harta confusión es para mí poder decir esto con verdad».

Lo cierto es que el resultado final de su escritura —lo repite constantemente a sus peticionarios y censores— es siempre lógico y concluyente: solo relata hechos y sentimientos que previamente ha experimentado, y que pueden servir de algo. En este sentido preciso, Jiménez Lozano —hablando de algunos puntos de vista en relación con el capítulo II de este ensayo—, me comentaba en correo electrónico fechado el 10 de septiembre de 2018: «Querido Antonio, ahí va tu joyita y mis complejos, porque, si yo hubiera tenido que tener en cuenta tantas cosas como la Teresa para escribir, mi producción hubiera sido cero y hoy estaría más contento, o al menos, no tan pesaroso. Pero algún día pediré responsabilidad a algunos caballeros. El escritor». Así es, cuánta responsabilidad supone escribir con libertad desde la experiencia.

La lectura poética del discurso teresiano que aquí proponemos, se basa exclusivamente en los textos de Teresa de Jesús. En un principio, y de acuerdo con la propuesta editorial de Camino Cañón, entonces directora de la BAC, se restringía a los 24 poemas que se dan como ciertos de la santa en la edición de Efrén de la Madre de Dios, publicada en 1954, y que daban como mucho para un modesto libro de bolsillo. Conversaciones posteriores condujeron al fin propuesto: al discurso teresiano en sí que está compuesto por innumerables textos poéticos tanto en verso como en prosa. Tantos, que en la práctica supondría editar la obra completa. Por tanto, hablamos de algunos textos escogidos —*grosso modo* unos mil ciento setenta, más otra serie de ellos incluidos en letra cursiva sin contabilizar—, que son una nimiedad dentro del océano poético que elabora Teresa de Jesús, pero lo suficiente —aunque sea con alfileres—, para refrendar esa «sensación de universo» que atribuía Valéry a las personas que son capaces de construir una poética.

Los textos empleados proceden en su totalidad de la edición de las *Obras completas* de la BAC cuyo tomo I (1951), realiza-

ron Efrén de la Madre de Dios y Otilio del Niño Jesús; tomo II (1954), Efrén de la Madre de Dios; y tomo III, *Cartas* (1959), Efrén de la Madre de Dios y Otger Steggink. Para un mejor entendimiento, hemos modernizado levisísimamente algunas grafías de los textos. Asimismo, incorporamos a la redacción la cita abreviada de las obras a las que dichos textos corresponden, evitando la interrupción que supone el pie de página, pues muchos de ellos se interrelacionan temática y funcionalmente, y saltan de un libro a otro y, como escribe la propia santa, «así pónese con facilidad y mejor». Este sería el listado de esos libros con sus correspondencias:

Libro de la Vida → *Vida*
Camino de perfección → *Camino*
Moradas del castillo interior → *Moradas*
Cuentas de conciencia → *Cuentas*
Apuntaciones
Meditaciones sobre los Cantares → *Cantares*
Exclamaciones
Libro de las Fundaciones → *Fundaciones*
Constituciones
Visita de Descalzas → *Visita*
Desafío espiritual
Vejamen
Poesías
Cartas

Personalmente, he de aclarar que esta reflexión en torno a la construcción poética de Teresa de Jesús se fraguó, de principio a fin, durante la pandemia del COVID-19 en absoluto confinamiento, con muertes cercanas, y con largas interrupciones debidas a intervenciones quirúrgicas. Al retornar al tajo, era como si empezara de nuevo blindado con esta ironía de la santa: «¡Qué cosa es la enfermedad!, que con salud todo es fácil de sufrir». Y tanto. Curiosamente, como sucede con las promesas que uno ha de cumplir, los textos de Teresa —«una hermosura extraña»— ahí estaban, y me traían y me llevaban como el afán de compañía de mi propia debilidad.

De aquí mi gratitud a una serie de amigos como Olegario González de Cardedal, Teófanés Egido, Antonio Carvajal, Clara Janés, Jorge Tamargo, y Carlos Martín Aires, cuyas conversaciones sobre Teresa y sobre poética me plantearon no pocos interrogantes y me despejaron no pocos misterios. Mi reconocimiento a Camino Cañón, a Jesús Pulido —hoy obispo de Coria-Cáceres— y a Juan Carlos García Domene que, como directores sucesivos de la BAC, mantuvieron este proyecto editorial.

A modo de homenaje, no puedo olvidarme de José Jiménez Lozano que, desgraciadamente, falleció al principio de este proyecto en marcha que él mismo alentó. Pocos como él conocían tan afondo la obra y el alma de Teresa de Jesús. Su apoyo inicial fue para mí como el aldabonazo para seguir adelante: «Convéncete, en el fondo este trabajo tuyo no es más que un mano a mano entre Teresa y tú», me decía con frecuencia.

Así me respondió don José, por ejemplo, a una pregunta concreta:

Tu escrito sobre santa Teresa es muy, muy nutritivo y apasionante. Ya no se trata de que santa Teresa sea poeta o no, se trata de que lo que muestras es que la Teresa tiene representación y formulación poética de la realidad. No sé lo que es la mística, lo que sabemos es que es un discurso personal, que es un discurso filosófico-teológico en el Maestro Eckart, poético en Juan de la Cruz, pero creo que aciertas con santa Teresa. Esta habla a veces el lenguaje religioso de la época y nos cuenta su experiencia diaria, mística o no, con sensibilidad y formulación poética [...] pero si salen mil manos blancas en escritos y cantares solo se señala su preciosidad poética en Teresa. Y la introducción lo dice todo. Es un estudio muy hermoso, además de muy verdadero; pero, cuando nos veamos, va a haber que darlo otra vuelta, aparte de las que dé yo de aquí a entonces. Un fuerte abrazo, Pepe¹.

En otro correo electrónico, después de hacer una serie de correcciones sobre el capítulo II, que le había enviado, añadía la siguiente nota crítica:

¹ Correo electrónico (27-12-2017).

El capítulo es magnífico pero muy denso y quizás necesitase transcurrir más tranquilo y explicativo, algún subtítulo más para poder evocar el orden mismo de lo que se ha leído [...]. Creo que aparece una Teresa tan preocupada o más por su escritura que por el tema de ella, y ciertamente este tema condiciona cualquiera otra cosa en su escritura y a la autora misma la resulta indecible. Por eso mismo es tan sugestiva toda esa empresa tuya. Y no podemos saber por qué se decidió por ejemplo no solo por un cierto vocabulario —que tú justificas muy bien, aunque yo creo también que con el viejo castellano se defiende mejor de tener que hacer precisiones peligrosas— sino por separarse tanto del uso de los letrados a los que trata tan bien, pero a los que deja para el oficio de confesores².

¡Lástima que el maestro no pudiera seguir más con sus aclaraciones y enmiendas! ¡Gracias!

No sé si con estas reflexiones sobre el discurso poético teresiano he logrado transmitir al lector la cercanía o el trato que la santa pretendía al narrar sus secretos de vida y de espíritu. Ella sentía la imperiosa necesidad de comunicarlos con la palabra y a su vez tenía claro que esto solo es posible conseguirlo conociéndose a fondo: «el no tratar con una persona causa extrañeza y no saber cómo nos hablar con ella, que parece no la conocemos, y aun aunque sea deudo, porque deudo y amistad se pierde con la falta de comunicación» (*Camino* 26, 9).

En Valladolid, a 15 de octubre de 2022, festividad de Santa Teresa de Jesús

² Correo electrónico (10-9-2018).